

Aníbal Echeverría y Reyes

Precursores de Colón

I

En la naturaleza como en el arte, va siempre lo grande unido a lo pequeño. Las cordilleras están formadas por conglomerados de pequeñas piedras; las obras arquitectónicas, se han levantado no sólo por la concepción del ingeniero que las ideó, sino también mediante el esfuerzo individual del humilde obrero que las haya ejecutado: por esto, no se mire con sorpresa que al lado de los sabios figuren simples estudiosos.

Reseñaremos sin mayores detalles, las noticias ciertas que se tienen sobre los viajes y exploraciones al Continente Americano, que precedieron al descubrimiento de Colón.

Es curioso estudiar la evolución que, en constantes progresos, ha seguido la Geografía.

De vaga, se ha vuelto segura: descriptiva primero, se convirtió en científica, asociando y relacionando entre sí sus distintos ramos.

Se ha desarrollado paralelamente con la actividad humana, y audaces exploradores han abierto nuevos horizontes a los conocimientos humanos.

El período comprendido desde la invasión de las hordas bárbaras en los siglos IV y V, hasta el momento de los grandes descubrimientos del siglo XV, es de lo más notable, geográficamente considerado.

Como muy bien lo dice un profesional argentino. «La Edad Media, momento de transición entre un mundo que se

apaga y otro que resurge, se nos presenta como un esfumado paisaje, cuyos detalles desaparecen casi en una tenue neblina, que el poderoso soplo del Renacimiento desgarrará en medio de una esplendorosa irradiación».

Nos ha parecido útil exponer las doctrinas científicas conocidas sobre la configuración de la tierra, respecto de los cartógrafos más conocidos, acerca de las primeras e informes noticias relativas al Nuevo Continente; referencias de los descubrimientos de Islandia y Groenlandia, que precedieron a los viajes de Leif, Thorfin, Thorvald y Zeno al mismo continente de América del Norte, mucho antes del arribo de los españoles a las Antillas, sin que con esta reseña pretendamos amenguar, en lo más mínimo, la gloria inmarcesible de Colón.

II

COSMOGRAFOS

Job nos da la norma de las ideas que, en la materia, tenían los hebreos.

Desconocían los límites de la tierra, y creían que descansaba sobre columnas fijas en los abismos. El cielo la cubría y, más encima, pensaban se encontraba el firmamento.

Solían representarle por un círculo, y esas eran las nociones comunes entre los arios y los griegos.

Los fenicios avanzaron un poco más, pues estimaban que el mar rodeaba su porción habitable, y en ese concepto, se lanzaron a largas travesías, al Norte a las Casitéridas; al Sur a las Azores y Canarias, y también al Oriente, al país de Ofir, o sea a la Arabia actual.

Las flotas cartaginesas surcaron los mares: Hannon exploró el Senegal, e Himilcon fué hacia las costas del Norte de Europa, penetrando en el Océano Glacial Artico.

La topografía de Europa se da a conocer por los Argonautas, que fueron hasta la Cólquida, regresando por distintos rumbos.

Para Homero y Hesiodo la tierra era un disco rodeado de agua, encontrándose en el centro el mar Egeo.

A Thales de Mileto se deben nociones más precisas, acerca de la esfericidad de la tierra, la explicación de los eclipses, de-

terminación de latitud, medición de los trópicos, y solsticios, etc.

En la Escuela Jónica, Anaximandro dibujó el primer Mapa Terráqueo, y Heródoto dió la descripción del mundo conocido en su época.

Mediante las expediciones guerreras de Alejandro, se vulgarizan las costumbres, religión y demás datos referentes a los pueblos conquistados, y se completó el Mapa Mundi, ensanchándolo, también, con los viajes de Piteas y otros.

Para Aristóteles, la tierra está en el centro del Universo, y forma una masa esférica sin movimiento alguno.

Disearco señaló la paralela al Ecuador, y la dividió en estadios para fijar los territorios, visitarlos y hasta medirlos.

Eratóstenes, en el siglo II antes de la Era Cristiana, sostuvo que la zona templada era habitable, y que debían existir continentes fuera del hemisferio conocido, alcanzando a medir un arco de la circunferencia terrestre, con lo que logró deducir el volumen de la Tierra.

La ciencia griega pasó a Roma: a Estrabón se debe haber ordenado todos los datos, hasta entonces conocidos, aumentados con los que dieron Plinio y Tolomeo.

La irrupción de los bárbaros obligó a los claustros a conservar las obras antiguas, sin que se aumenten las noticias, hasta el Renacimiento al que dan brillo los venecianos, genoveses, florentinos, vascos y portugueses.

Arabia surge a la civilización, y durante la Edad Media inunda al mundo con sus obras científicas. Merece recordarse el Califa Hakem en el siglo X que colmó de honores a los sabios y popularizó sus teorías.

Los mahometanos, en el interés de difundir su religión, desarrollaron las relaciones comerciales entre los pueblos y dieron gran impulso a la Geografía.

Sus doctrinas condensan en el Coran: creían que la Tierra cuenta con siete satélites, que son otros tantos planetas, siendo el sol, un astro errante: cada uno se mueve dentro de un cielo propio y todos giran, los unos sobre los otros, alrededor de la tierra. Por cierto que no eran originales en esto, ya que las mismas noticias tenían los persas en su Zend Avesta.

Los árabes estimaban que la tierra era esférica, y Mahoma habla de la doble revolución del sol y la luna. Usaban los cuatro puntos cardinales: no ignoraban el empleo de la aguja imantada, que ya desde antiguo era conocida en China.

Sus geógrafos pensaban que sólo la cuarta parte de la tierra era habitada.

Hiparco dividió el círculo máximo en 360 grados e imaginó, sobre la esfera terrestre, círculos que coincidieran con los de la esfera celeste.

Tolomeo colocó el primer meridiano en el extremo occidental del mundo conocido: el persa Abon Maschar lo trasladó cerca de Yumacota y los árabes al Cabo Verde, en el continente africano.

Estos últimos conocían hacia el Atlántico las primeras islas africanas: por el Oriente, la China; por el Norte, el Japón y al Sur, apenas llegaban a la línea ecuatorial.

Consiguieron fijar la medida de un grado, igual a 56 millas más o menos.

La expansión arábiga hacia el extremo asiático fué notable, y Siria, Arabia e Iran, pasaron a ser regiones conocidas.

El monje flamenco, franciscano, Guillermo de Roubrouquis salió de Francia para visitar a los tártaros; el italiano Juan del Plano de Carpín, de la misma Orden, pasó por el Asia Central y Simón de San Quintín recorrió la Persia.

Los venecianos extendieron su intercambio comercial al Oriente: Marco Polo, visitó la Tartaria, la Mongolia y el Tíbet, llegando hasta Cambaluo, hoy Pekín, en 1269, e indicó que para alcanzar a Cipango, bastaría salir por el Estrecho de Gibraltar y navegar al Occidente, precisamente lo que realizó Colón, no por obra de temporales y vientos, sino por voluntad propia, que es en lo que consiste su gloria.

Recién fué tomando cuerpo en 1300 la idea de que se podía llegar a las Indias, saliendo directamente de Europa, con rumbo fijo hacia el Occidente. A Marco Polo, explorador insignificante, se deben, en gran parte, por su Libro de las Maravillas, los descubrimientos del Nuevo Mundo; y del Cabo de las Tormentas, o de Buena Esperanza.

El inglés Juan de Mandeville permaneció más de 30 años en el Asia, y en 1480, poco después de su muerte, se publicaron sus extensas e interesantes memorias que tuvieron gran resonancia.

Los portugueses también operaron el siglo XV en las costas africanas y lograron poner en evidencia la ruta marítima de las Indias. En 1415, reconocieron las Cañarias, después doblaron el Cabo Bojador; pasaron Madèra; el estuario del Senegal y el Cabo Verde, hasta que en 1486, Bartolomé Díaz di-

visó el Cabo de Buena Esperanza, que abrió el camino al extremo Oriente, derrotero seguido en 1498 por Vasco de Gama, quien reconoció la boca del Zambeza, Mozambique, Zanzíbar y Calicut, en la costa misma de la India.

Tales son, en rápido bosquejo, las noticias que había en aquellas remotas épocas, las que, poco a poco fueron precisándose en ideas y proyectos hasta lograr que se popularizase y se creyera posible la empresa que llevó adelante Colón: salir del Continente Europeo y navegar al Occidente, en la seguridad de encontrar tierras habitadas, aunque del todo desconocidas en el Antiguo Mundo, sin contar con otros instrumentos náuticos, que el astrolabio y la brújula.

III

LOS CARTOGRAFOS

La Edad Media nos ha dejado un curioso y variado archivo de cartas, itinerarios, cuadrantes y portularios o mapas costeros que nos dan conocimiento claro acerca de los principios geográficos aceptados por la generalidad de los sabios.

El sistema de Tolomeo, heredado por los árabes, influyó de modo poderoso en la representación dada a las regiones terrestres en aquellos siglos.

Pero cuando fueron circulando las relaciones de los descubrimientos marítimos, a medida que los claustros esparcían los conocimientos que se conservaban en sus archivos, evolucionó, audazmente, la Cartografía.

Desde el siglo VIII se conocían Mapas en Irlanda: el Emperador Teodosio hizo levantar un Mapa mundi, y permitió sacar copias; Carlomagno ordenó que en tres planchas de plata, se grabase un Mapa General del Mundo, que tenía la forma de un rectángulo, repartiéndose, por desgracia, sus trozos, las horas de Lotario en 842.

En el Museo Británico se guarda como una reliquia la pieza rotulada «Orbis exhibitus apud anglo saxones» del siglo X, que se ha reproducido en 1842. Es un rectángulo cuya altura está en su longitud; el Oriente se encuentra colocado en la parte superior y está dividido en 20 secciones cuadradas iguales.

Cuatro océanos rodean las tierras conocidas y haciendo

girar la carta de un cuarto de círculo, los mares ocupan una situación bastante exacta respecto de los que ahora se conocen.

Hay que hacer notar que en el N. O. de Europa, ya figuran Britania, Hibernia, una isla, tal vez de las Feroé; otro grupo más al occidente, posiblemente las Hébridas, Orcadas y Shetland: al Norte, Islandia y sus escollos, de manera que se evidencia que Alfredo el Grande, que ordenó la construcción de este verdadero monumento geográfico tenía datos precisos en 871, acerca de la Islandia y Groenlandia, escalas del camino a América.

En 1120, se levantó el «Liber floridus Lamberti Filu Onulfi». Este cuadrante geográfico del mundo habitable, representa la Europa como si fuera una isla y da los mismos nombres que el «Orbis e codice lipsiensi», del siglo XI, de Britania, Anglia, Scotia y Orchades en la región Norte.

En el siglo XII el «Orbis e codice taurinensi», en el que se fijan las islas Thyle o Tulé, Tacunses (las Feroé), Britania y Scotia.

En 1138, tenemos la «Tábula rotunda Rogeriana ab Edrisio servata et descripta», verdadero resumen del mundo habitado, que es lo que de más grandioso produjo la geografía en la Edad Media. Redactó su descripción Mohamed el Edrisi, e hizo fundir su plancha en plata el príncipe normando Roger, conde de Sicilia. Se conserva la memoria de aquel mahometano y sólo una reducción pequeña del inmenso mapa en la que figuraba Britania, Ankilterra, Hirland, Lestlandia y Restlandia.

A principios del siglo XIV, Emad Eddin Aboulfeda, de Damasco, reunió cuanto detalle se conocía de la geografía mundial y escribió sus famosas Observaciones, sin acompañarlas de Mapas, pero han sido tan precisos sus datos y tablas de latitudes y longitudes, que han permitido reconstituirlo a Lelewel, en el siglo XIX, y en él aparecen con precisión, el Atlántico, las Islas Británicas, Irlanda, Andalus, o sea España actual, más al norte del lugar en que se encuentra, y las costas occidentales del Africa hasta el paralelo 8, al Norte del Ecuador, desarrollándose todo entre los paralelos 10 y 50 de latitud Norte.

El Mapa más antiguo conocido, en original: es de Pedro Visconti, genovés, de 1318, que se guarda en la Biblioteca Imperial de Viena.

En 1369, tenemos el «Imago Mundi», de Ramulfus de

Hyggeden, en el que señala Thyle, Frisland o Feroé, Norwega (Noruega), Scotia, Anglia, etc.

En la «Tavola di navicare» de los hermanos Francisco y Dominio Pizzigani, venecianos, del año 1367, se mencionan el Brasil y las Antillas. Su original se conserva en la Biblioteca de Parma.

Los hermanos Nicolás y Antonio Zeno, dibujaron en 1380, su Atlas con buenas noticias del extremo septentrional, pero hay dudas acerca de si su fecha es la del año 1550 y obra de Catarino y no de aquéllos.

Más importante es la Fabula Catalana, o sea «Image du Monde et de les diverses états et de les regions que sur la terre», del año 1380, documento mandado levantar por el rey de Francia Carlos V el Sabio, pieza que hoy lleva el N.º 6,846; en el Museo del Louvre. Consta de 6 cuadros, de los cuales los dos primeros encierran nociones de cosmografía y astrología. Lleva los rumbos de los vientos y figuran Gran Bretaña e Irlanda, parte de Noruega, una serie de islas escalonadas hasta Groenlandia, las Canarias, y en el extremo Occidente se anotan varias islas que tienen al lado el dibujo de una nave, con este letrero: «per anar al riu del or», tal vez presagiándose las primeras Antillas. En frente del Estrecho de Gibraltar, mar adentro, hay diversas islas, una de las cuales lleva el nombre de Brasyle, lo que deja en el ánimo la impresión de que, a fines del siglo XIV, había ideas vagas acerca de estas regiones.

En 1436, el copista veneciano Andrés Bianco, trabajó un Atlas de 16 cartones, en el que recopiló cuanto se sabía de los viajes de sus compatriotas, como así mismo de los genoveses, catalanes y portugueses. En el cartón destinado a las islas occidentales, en frente del Cabo San Vicente, aparece la Isla del Brasyle, mucho más al Norte de Scorafija, o sea la de la pesca del bacalao, que es la Terranova actual. En el borde de ese cartón hay dibujada una gran isla denominada de Antillia, y más al Norte, otra gran tierra Antillia de la Man Satanasio, que establece a firme los conocimientos generales a que nos hemos referido. Se guarda esta importantísima pieza, en la Biblioteca Real de San Marcos de Venecia.

Como lo decimos, a principios del siglo XV, se conocían en Europa, noticias de las Antillas y del Brasil, tal como ocurrió en el siglo XII respecto de la América del Norte.

En 1459, fray Mauro, del Convento de San Miguel de Murano, también veneciano, cumplió el encargo que recibió

de Alfonso V de Portugal de dibujarle un Mapamundi, que reuniera los datos recogidos en las respectivas exploraciones de los portugueses, especialmente en el Africa. Se puede ver esta pieza en Venecia, y en su parte occidental, se estampa Island, Anglia e isla del Berzil.

El geógrafo Andrés de Beninocasa, de Ancona, dibujó en 1476, su «Tabula di navigare», que completa la Carta Catalana de un siglo anterior. Es curioso que las bases de las posiciones no sea sino la dirección de los vientos, las indicaciones de la brújula, desentendiéndose de la situación marcada por la latitud y la longitud.

En Venecia se guarda una riquísima colección de Portularios, como ser los de da Mosta, Lorodan, Bombo, Sonetti, en los que se presentan los grandes descubrimientos del Atlántico.

El matemático Paolo del Pozo Toscanelli, pintó en 1474 su Carta de Marear, y envió según parece a Colón, un ejemplar llamándole la atención, en dos cartas, hacia lo fácil que sería atravesar el Océano, de Oriente a Occidente, y llegar así con rapidez, de Iberia a las Indias, y hasta le señaló el rumbo más seguro, aun cuando no faltan críticas que niegan este antecedente.

En 1490, el cardenal Fray Pedro de Allyaco, publicó su Imagu Mundi, libro que Colón estudió con interés, en la parte referente a la forma y habitabilidad de la tierra, y a la proporción entre los Continentes y los mares.

Otro sabio, Martín Behaim, de Nuremberg, construyó en 1492, un Globo terráqueo, que está aun en esa ciudad, en el que trazó el ecuador, los dos trópicos y los dos círculos polares. Lo que ocupa el continente americano, se ve cubierto de numerosas islas, como Cipango, San Brandan, Antillia, Cathay, etc.

La influencia de Tolomeo quitó toda iniciativa a los novodosos; pero al mismo tiempo, despertó el deseo de los exploradores de confirmar su escuela, en oposición a la alejandrina que sostenía que no estaba vacío el hemisferio opuesto al europeo.

IV

PRIMERAS NOTICIAS SOBRE EL NUEVO CONTINENTE

Los antiguos que vivían en el extremo Oriente, nunca tuvieron propósito deliberado de internarse en regiones descono-

cidas, pues creían que la tierra tenía barreras insalvables, y que las tempestades de los mares hacían imposible salir de su parte conocida.

Pero si no hubo exploradores ni guerreros que realizaran excursiones, no faltaron sabios que indicaran la existencia de otras regiones habitadas en apartados lugares.

Las tradiciones, las teorías científicas y los viajes, no nos dejan ahora dudas al respecto.

Desde la más remota antigüedad, se habló de lugares habitados cuya desaparición no se explicaba bien.

Solón se ocupó de la Atlántida, cuyos habitantes residían al Occidente de las Columnas de Hércules, con relación al Mediterráneo, y que, según él, constituían un pueblo de conquistadores, pero que grandes modificaciones geológicas, ocasionadas por diluvios y terremotos, destruyó completamente. Platón recogió esas noticias de su maestro, y le siguieron en esas ideas, Estrabon, Plinio el Mayor, Tertuliano, Diodoro de Sicilia y otros. Posiblemente existió en el medio del Atlántico, donde ahora se encuentran las Azores, las Canarias, el mar de Sargazos y las Antillas, ya que se observa que la fauna y la flora de los terrenos terciarios de Europa, son idénticos a los de la América Septentrional, y, en igual relación están Europa y América Centrales, lo que demuestra que había en los tiempos prehistórico algún continente, entre ambos, que facilitara las comunicaciones.

El estudio del bajo relieve del suelo atlántico, entre los grados 12.60 de longitud Oeste de París, comprueba una gran meseta en la referida situación, que está más elevada del resto, y si se observan las costas del mar de las Antillas, se verá que una poderosa acción ígnea efectuó una colosal depresión del suelo primitivo, dislocándose y desapareciéndose el continente que debió haber ahí.

Los caribes hicieron comprender a los primeros descubridores españoles, que las Antillas eran los restos de un antiguo continente: análoga tradición conservaban los moradores de la Florida; por fin, en el Popol Vulh, que es el libro sagrado de los Quichés, se menciona el cataclismo que hundió la Atlántida.

Respecto del continente Croniaco, a él se refiere Plutarco, que dice haber recibido esas noticias de un viajero llegado de una isla muy alejada de las tierras conocidas, y por los datos de la duración de los días y altura del sol, puede haber estado

ubicado cerca de las regiones hiperbóreas. ¿Serían las Islas Ferroé, Irlanda o Groenlandia?

Plinio también insistió en los conocimientos que los griegos tenían de algunas islas del Océano Glacial Artico, es decir, de las regiones situadas al Noroeste, más allá del Atlántico.

En cuanto a otro continente, la Merópide, ha descrito esta comarca Eleano, pero en forma alegórica, tratando sólo de perpetuar la creencia de que había una tierra occidental más allá de los mares, que, tarde o temprano, tenía que ser avasallada por la corriente conquistadora del Occidente.

Una de las teorías científicas más notables de la antigüedad, es la relativa a la existencia de un continente transatlántico separado de Europa por tempestuoso mar, pero situado bajo las mismas latitudes, con estaciones opuestas y con climas iguales.

Pitágoras trató de los antípodas; Aristóteles de la esfericidad de la tierra y de hemisferios opuestos pero análogos; Cicerón confirma lo anterior; Macrobio describe cuatro continentes, e insiste en que un navegante que haga rumbo directo del Este al Oeste, tiene que encontrar un continente desconocido en su camino; Estrabon acepta las teorías precedentes y agrega que en la misma zona templada debe haber dos tierras habitadas, la que se conoce, y la que ignora, pero que forzosamente tenía que existir.

Séneca predijo en términos netos y claros el descubrimiento del Nuevo Mundo y sus doctrinas influyeron de modo poderoso en los estudios y planes de Colón. En los versos 375-379, del acto 2.º de la Medea, se lee: «día vendrá en el curso de los siglos en que el Océano cortará los lazos con que aprisiona al Mundo: la Tierra inmensa se abrirá para todos: el Mar pondrá de manifiesto nuevos mundos, y Thulé no será ya la última región de la tierra».

Además de no dudar del continente desconocido, los antiguos creían que habían comunicaciones entre el Atlántico y el Mar de las Indias. Así lo aseveran Homero, Heródoto y Aristóteles.

Eratóstenes llega a establecer que se puede ir por mar desde la Iberia hasta la India, siguiendo el mismo paralelo, lo que recordó siempre Colón, y esas ideas en el Nuevo Continente y en la continuidad de los océanos decidieron la gran empresa del Almirante.

Por fin, los viajes, preparados u ocasionales de los griegos

y romanos, los llevaron en la dirección general del Oeste y dos grupos de islas, las Fortunatas y las Hespéridas.

Horacio, Plinio y Tolomeo hablan de las primeras, que parecen ser el actual grupo de las Canarias.

En cuanto a las segundas, hay más vaguedad, y no encuadran las noticias de los periplos de Gannon y Coleos con las islas de Madera, aun cuando parece que las consideraban frente al Africa, bañadas por el Atlántico, y cerca del Ecuador.

No hay noticias ciertas de exploraciones antiguas, emprendidas de Europa y América, sino referencia de comunicaciones, en el siglo VII, entre la China y América del Norte, por algunos marinos náufragos únicamente.

V

ISLANDIA

Desde los más remotos tiempos se lanzaron los normandos o vikingos a lejanas correrías, llevados por su reconocido espíritu aventurero y por el afán guerrero que los caracterizaba, pues era su tierra árida y pobre, rodeada de peligrosas islas, con terrenos cortados por fiords, y con gente intrépida, que necesitaban mejor situación, fuera de su país.

El orgullo de los jefes escandinavos consistía en sus naves, que semejaban cisnes o alciones, en los que se iban a la pesca de la morsa y la ballena, después al corso en las riberas del Báltico y en el mar del Norte, y por fin, a la conquista de otras regiones.

Dominaba en el siglo VII en Noruega, el jarl Harald Haar-fager, quien logró someter a su gobierno todo el territorio comprendido entre el mar Báltico, Rusia y Finlandia, Océano Glacial Artico e Inglaterra.

Pero muchos de los capitanes vencidos, se alejaron en 625 del suelo patrio hacia las rocas montañosas de las Orcadas, las Hébridas y las Feroé.

Los monjes irlandeses, deseosos de convertir pueblos a su religión, también abordaron esas islas, lo mismo que anacoretas cristianos y budistas del interior del Asia y esa mezcla heterogénea de habitantes, quedó nuevamente subyugada por Haar-fager y el corsario noruego Grim Kamban, el que inició una corriente comercial, en 725, entre Noruega y las Feroé.

Un pirata noruego, Naddod, salió de su patria en 861, con rumbo hacia estas islas, pero fué arrastrado como 900 kilómetros por deshecho temporal, hasta que pudo anclar cerca de una tierra desconocida, cubierta de nieve y de glaciales brumas.

Desde la cumbre de la montaña más cercana descubrió otras alturas, pero no divisó rastro alguno de habitantes y denominó el lugar que no es otro que Islandia, con el nombre de Snoeland, tierra de nieve.

Ahora puede afirmarse fuera de duda, que Islandia no estaba desierta al arribo de Naddod: se han encontrado manuscritos auténticos, que dejan en claro las relaciones comerciales que, en aquellos remotos tiempos existían entre los pueblos de Europa del Norte y América.

Nos referimos a estos: «Historia regis Olavis Triggvu Filu» de fines del siglo XIII, el Codex Flateyensis, del siglo XIV; Los Anales Islandorum Regu, los Vetustissimi y los Flateyensis, de los siglos XII a XVII, todos los cuales se conservan, como reliquias, en la Biblioteca Real de Dinamarca.

Según estos documentos, Islandia estaba poblada por los esquimales, dedicados a caza de focas, y por los papas o sean los monjes irlandeses que dejaron rastros en libros, sistras y clarines.

El corsario sueco Gardar, que salió para las Hébridas, el año 863, debido a una tormenta tocó en Islandia y dió la vuelta completa a la Isla, invernando en Husavika, y regresando en la primavera siguiente, no sin dejar un marinero enfermo, Hafttar, con dos esclavos. Cambió el nombre de Snoeland, por el más atrevido de Gardarsholm, es decir, isla de Gardar.

Las relaciones que circulaban de las exploraciones de Naddod y de Gardar, estimularon a Folki Rafua, acompañado de otros jefes como Herjolf, Thorolf y Eaxi, y emprendió una expedición de conquista de las nuevas regiones. Se dejó llevar por las corrientes y los vientos y procurando conservar el rumbo al Noroeste, hasta que dió tierra en Vatnsjord, bahía de Islandia, abundante en pesca. Llamó al país Iceland, tierra de hielo, que con los años se ha transformado en Islandia.

Folki regresó descontento de esas tierras, pero años más tardes Ingolf mandó a uno de sus tenientes, Hjorleif, a explorar la Islandia, y, a su vuelta, resolvió colonizarla, saliendo ambos con gran acompañamiento y se establecieron, aquél en Ingoshoffdi, y éste en Hjorleifshofdi.

Hjorleif murió asesinado por unos esclavos y los restos

dé su colonia juntos con los de Ingolf, se instalaron definitivamente entre las penínsulas de Gullbringe Sysses y Snoefellis-sysse, en la bahía de Fase Fjord, o sea en Reykiavik, actual capital de Islandia.

Hoy mismo se visita, con religioso respeto, en el pico de Ingolfsfiell, la tumba de Ingolf el Grande, fundador de la Colonia islandesa.

Desde el año 930, la isla fué cubriéndose de emigrados noruegos, hasta convertirla en República; pasó en 1261 a poder de los Reyes del Báltico, pero conservando cierta autonomía sus pobladores.

La lengua danesa, nordiki o del Norte, por el aislamiento geográfico de Islandia, se ha conservado con toda su fuerza en esta isla.

Junto con sus lavas, hielos, cráteres y ventisqueros, los islandeses perpetuaron las tradiciones locales, guardaron los Eddas y los Saggas, relatos históricos y poéticos, como sus libros sagrados, mediante sus Anales revelaron al mundo todo de lo que habían sido capaces sus antepasados, como valientes pescadores, audaces piratas e inteligentes conquistadores.

VI

GROENLANDIA

La serie de descubrimientos escalonados de nuevas regiones, librados al azar de los vientos y corrientes marinas, no podía detenerse, contando con Islandia y las Islas de Feroé, como estaciones de partida de las nuevas expediciones. Hasta la Santa Sede reconoció lo anterior en la Bula que entregó en 834 a Anscario, confirmándolo como Arzobispo de la última parte de Sajonia, más allá de Albión.

En el año 876, Gunnbjorn, noruego, hijo de Ullf Krage, avista las cimas nevadas de Groenlandia, tierra verde, y ya se hablaba de que al Noroeste de lo conocido, había un gran Continente inexplorado.

A Erik Rauda, el Rojo, se deben, en 983, los primeros conocimientos exactos de esta tierra. Llevando como segundo a Styr se alejó del pico de Snoeffelsjokuillé e hizo rumbo directo al Oeste, abordando en la playa oriental de una región ignorada

e invernando en Eirikseyá, de donde se aventuró en el verano siguiente, a explorar la costa occidental. Construyó la ciudad de Brattahlida, cuyos restos ruinosos existen en parte, instalándose en ella en 886, hasta su regreso a Islandia. Denominó Groenlandia el país, o sea tierra verde, por haber encontrado un verdadero oasis rodeado de nieve.

En la región que ahora abarca Carolina del Sud, Georgia y Florida, habitaba, desde antes del año 1000 una tribu de hombres blancos de origen desconocido, en la vecindad de Vinland; tierra conocida con el nombre de Irland it Mikla (la Gran Irlanda) y por otros, Hvitramannaland (tierra de los hombres blancos).

En 983, el irlandés Ari Marson, arribó a esas playas y fué elegido jefe por los normandos.

La colonia se hallaba en pleno desarrollo el año 985, pues abordaban a ella navegantes, guerreros y exploradores, que organizaron una república independiente, casi en el Polo Norte, Su capital Gradar, fué asiento de un obispado católico en 1121, y el año 1261, pasó a la dominación de Noruega.

Bjorne Kerjulfson, hijo de Hexiul ensanchó los conocimientos geográficos de las regiones boreales. En 986, se va de la Islandia hacia el Noroeste y las tormentas lo arrastran cerca de las actuales tierras de Nueva Inglaterra, Nueva Escocia, Terra Nova y Golfo de Maine, sin tocar en ellas, hasta que puede anclar en playas groenlandesas, totalmente cubiertas de montes glaciales y muy diversas de aquéllas que parecían tener rica vegetación, buen clima, suaves ondulaciones y frondosos bosques. La relación de su viaje se ha conservado en el Flater Jarbook, editado en Islandia en 1587.

Otro irlandés Bjorn Asbrandson, se refugió también en Hvitramannland, viendo floreciente la colonia.

Se ha encontrado una inscripción, en piedra, con caracteres dinamarqueses, cuatro millas distantes de Uparnavik, que comprueba la estadía de Erling y Odosven, en esos lugares en 1001.

VII

DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

Uno de los hijos de Erik el Rojo, el joven escandinavo Leif Erikson organizó una expedición destinada a descubrir lo

que hubiese en las comarcas del Sudoeste, a principios del año 1000, y con 35 acompañantes se aventuró en el Océano.

Encontró primero playas rocosas y desoladas que denominó Hellulandi (tierra de piedras) y que no son otras que las de Terranova.

Avanzó hacia una costa baja y arenosa que llamó Marklandia (selvas terrosas), lo que hoy es Nueva Escocia, Brunswick y el Bajo Canadá, y en el mismo Continente Americano, territorios bañados por la desembocadura del San Lorenzo.

Este descubrimiento notable, realizado sin ostentación ni pompa alguna, merece eterna recordación.

Al salir de Markland, el Jefe Leif avistó la isla de Natucket, navegó por el Estrecho de Ineyard Sound y llegó a la bahía de Rhode Island, ordenando la construcción de una ciudad que le sirviera de estación y base de operaciones, levantando Leifsbudir (la casa de Leif) donde encontró clima benigno, caza abundante y hasta racimos de uva que dieron el nombre de Vinelad (tierra de la vid) a esa comarca.

Leif permaneció siete meses en Leifsbudir, recogió datos sobre su latitud y longitud, de manera que ha podido determinarse que se situó cerca de Providéncia, regresando a Groenlandia, donde se le colmó de honores.

Una estatua inaugurada en 1887, en Faneuil Hall, ha inmortalizado el recuerdo de Leif, del valeroso navegante, del verdadero descubridor del continente americano.

Su hermano Thorvald, entusiasmado con los resultados obtenidos por Leif, llevó a cabo en 1002, otra expedición junto con su mujer Gudrida, a esas lejanas regiones, y sin contratiempo arribó a Leifsbudir, encontrando bosques variados. Exploró dos años después la parte Norte de Vinland, hasta el actual Cabo Cod, a 38° de latitud norte, llamado antiguamente Kialarness (cabo de la carena) cerca de la ciudad de Boston, y en las inmediaciones del Gurnet Point, o cabo Alderton, encontró la muerte, cubierto de flechas de los moradores que resistieron la ocupación, es decir, de los Skrellings (endebles) o sean los esquimales, habiendo recogido sus restos su hermano Thorstein.

Se le enterró en Krossasnes (cabo de las cruces), volviendo sus compañeros en 1005 a Groenlandia, y a fines del siglo XVIII, se descubrió su tumba de mampostería en la isla de Rainsford, cerca de Hull.

Otra expedición más completa salió en 1007 de Eriksfjord,

mandada por Thorfin Karl, Snow, Bjarn y Thorha, todos renombrados marinos y guerreros de fama. Al año siguiente nació en Straumford, en la costa de la bahía de Buzzard Snow, Thorfinnsonn, primer europeo neto en América.

Reconocieron las costas del estrecho de Davis, y la tierra de Baffin; descendiendo, avistaron Helluland y anclaron en Straumfjord, cerca de Martha's Bay, y se dedicaron al laboreo, a la caza y a la pesca.

Thorfin llegó hasta Mount Haup y levantó el caserío de Thorfinnsbudir, donde invernaó, pero lo abandonó por las incursiones de los esquimales. Su paso por esas regiones, se comprueba con inscripciones encontradas en el siglo pasado.

Prosiguió viaje hacia la costa Sud; remontó el Potomac, acampó en Straumfjord y volvió a Noruega, anclando en sus playas en 1010; hasta que falleció en Islandia seis años después. Sobre la roca Dighton, en la orilla derecha del Río Tauton, en el Massachusetts, se encontró en 1680 una inscripción sobre el paso de Thorfin y sus 151 acompañantes.

Ese mismo año de 1011, Thorvald acompañado de su mujer Fredysa, hija de Leif, y de bastante gente, se dirigió a Leifsbudir, surgiendo pronto disenciones intestinas que acabaron con la colonia.

En 1831, se encontraron en Fall River, varios objetos que la ciencia ha reconocido como del uso de los expedicionarios traídos por Thorvald.

En 1027, el noruego Dudleif, abordó, por casualidad, en las costas de la Florida, y salvó de las manos de los indígenas, mediante la influencia que en éstos ejercía un venerable anciano que se cree no fuera otro que Bjorn Abradson.

El colono de Vineland, Hervador, invernaó allí en 1051, y fué atacado por los Skrellings (esquimales), habiéndose descubierto algunos restos en 1867, con grabados muy precisos en caracteres rúnicos, y también se había encontrado, cuatro años antes, el relato original de lo ocurrido en un manuscrito latino que apareció en Islandia.

El año 1135 Erling Bjarn y Eudride visitaron las islas que se encuentran en la latitud 72°55', habiéndose descubierto en 1824 una inscripción rúnica, muy bien conservada.

En 1170, Mac ap Owen, organizó una gran expedición desde Mdoc hacia el poniente del Atlántico; pero no se conservan sino escasos detalles de unos versos gálicos, escritos antes del primer viaje de Colón.

Los pescadores fundaron reducidas poblaciones en Gresspar, al Sud y en Kroksfiardarheidi, al Norte, cerca de la bahía de Disco, habiéndose encontrado ruinas de sus establecimientos, desde el cabo de Farewell, hasta Uppernavik, todas anteriores al siglo XIII.

Tres monjes groenlandeses, salieron en 1256 de Gardar hacia el Norte y llegaron al estrecho de Barrow, descubriéndose en 1824 una piedra rúnica en la isla de Kingiktorsaack, de aquel año.

Así pues, los moradores de Vinland, Markland, Islandia y Groenlandia, mantenían en esas épocas relaciones constantes con la parte septentrional de Europa, y el conocimiento de ellas hizo germinar en el Viejo Mundo, la idea fija de la existencia de otro continente habitado, pero desconocido.

Esas regiones, poco a poco cayeron en olvido, y sólo en 1347, se renuevan noticias referentes a ellas, por algunos viajes aislados y sin importancia de pescadores groenlandeses.

VIII

SEGUNDO DESCUBRIMIENTO

El ilustre veneciano, Nicolás Zeno, armó un navío de 1388, y se lanzó al Océano, con rumbo directo al Occidente. Una violenta tempestad lo arrojó a una isla que denominó Fislandia, y, asaltado por los indígenas, salvó con el amparo que le prestó el Jefe Zichmmi; conquistaron regiones vecinas, siguiendo al Noroeste, desembarcando en Engroenland, ocupada ya por monjes pescadores y en constante relación con el Norte de Europa.

En la correspondencia de Antonio con su otro hermano Carlos, se habla, por extenso, de Estotilanda, situada más al Oeste, que parece ser «un nuevo mundo», poblado por diversas razas, algunas civilizadas, cuya ocupación emprendió junto con Zichmmi.

La descripción de sus viajes menciona estos países: Fislandia, tal vez alguna de las Feroé; Estland, que no es sino Shetland; Engroenland, o sea la actual Groenlandia; Estotilanda, tierra exterior del Este, sería el Labrador, como lo es, con relación a la situación de América, o el Bajo Canadá; Ica-

ria, parece ser la isla Royal, y por fin, Drogeo, que corresponde al Vinland de los normandos, o México de hoy día.

Mucho se ha discutido acerca de la autenticidad y veracidad del manuscrito de los hermanos Zeno, encontrado por Nicolás Caterino a mediados del siglo XVI; pero no hay duda que el Mapa que lo acompaña es del siglo XIV, y se ha llegado a deducir que el jefe Zichmmi, no es otro que Enrique Sinclair, barón de Rosliu, descendiente de uno de los compañeros de Guillermo el Conquistador, quien, emigrado de Escocia, por reveses de fortuna, sentó sus reales en 1379, en las Orcadas, Shetland, Portland, etc.

Así, pues, por segunda vez los europeos ocuparon América en el siglo XIV y se establecieron cerca de las antiguas colonias irlandesas, noruegas y groenlandesas.

El siglo XV, fué de descubrimientos definitivos: las Canarias por Juan de Bithencourt en 1402; las Maderas, en 1419, por los portugueses Gonzalves Zarco y Texeiras; las Azores, en 1432, por Alvarez Cabral, etc.

Se dice que el piloto vizcaíno Alonso Sánchez de Huelva, que comerciaba desde España a las Canarias y Madera, fué arrastrado en 1484 por un violento temporal, sobre una isla que se conjetura fuese la Española, y después de grandes penalidades, regresó con parte de su gente a la isla Tercera en Porto Santo, en donde lo hospedó Colón que ahí vivía, quien recogió los papeles y apuntes que de ese viaje le entregó Sánchez, como señal de gratitud, falleciendo más tarde.

Lo que a Colón se debe es el descubrimiento, no de la América, en 1492, que él mismo ignoró, sino la comprobación del camino que debía conducir desde Europa, a través del Atlántico a las costas orientales del Asia, que él denominó las Indias, abriendo así un vasto campo al comercio, a la ciencia y a la religión.

Una vez que los portugueses se apoderaron de la vía directa a la India superior, doblando al Cabo africano de Buena Esperanza los venecianos se aliaron con los árabes y egipcios para cerrar el Océano Indico a aquéllos, pero fueron batidos; y pensaron cortar el Istmo de Suez, para dar paso a sus naves, asegurando así un viaje más corto, lo que vino a realizarse por Lesseps, cuatro siglos después.

Los portugueses lograron establecerse a la entrada del Golfo Pérsico, prohibiendo así, a los venecianos, la salida al Indico, de modo que, estos últimos, no contaron sino con la

larguísima vía terrestre que era imposible que compitiese con las marítimas ya conocidas:

El pensamiento dominante de Colón, fué contrarrestar la influencia portuguesa, inconstable entonces, proponiéndose cruzar el Atlántico para ir de Iberia a la India, directamente de acuerdo con Séneca, con Eratóstenes de Alejandría y con el cardenal Aylliacó, realizando sin pensarlo, el descubrimiento del Continente Americano, que no buscaba ni conocía, el 12 de Octubre de 1492, siendo el marinero de la Pinta, Juan Rodríguez Bermejo, quien a las dos de esa madrugada divisara, el primero, la tierra americana.

Sus fuentes de estudio fueron tres: respecto de la India, los viajes de Marco Polo y Mandeville por esas regiones; en lo científico, el Imago Mundi del Cardenal Aylliacó, principalmente, y en lo referente a la náutica, las narraciones de navegantes, naufragos, como Alonso Sánchez de Huelva, e indicios de cañas, canoas, etc., arrastrados por las corrientes del Occidente.

En 1493, se publicó la carta que el Almirante Colón dirigió al tesorero Gabriel Sánchez y en ella le habla de las islas que ha descubierto en las Indias, sin indicar nada respecto del Nuevo Mundo, ignorado entonces por él.

De aquí que en 1503, cuando circularon los viajes de Américo Vespucio como integrante de la Cosmographie Introductio, al tratar de la Costa del Brasil que éste había reconocido, demostrando que no era la parte oriental de las Indias, ni las islas a que había llegado antes Colón, el impresor Martín Waldseemüller puso a esa región Amérige o América, sin pensar en arrebatar ni amenguar el descubrimiento anterior de las Antillas hecho por Colón, ya que se limitó a dar ese nombre sólo a la parte que se conoció del Nuevo Mundo continental, desde la actual península de la Goagira hasta la tierra llamada antes de Santa Cruz, y luego Brasil, pero en la sección del Mapa concerniente al Golfo de las Perlas, donde está la Isla Trinidad, dejó constancia que eso lo había encontrado Colón. Posiblemente ese nombre se tomó, generalizándolo de las montañas Americ, de Nicaragua, conocidas por el Almirante en su cuarto viaje.

El Mapa de Juan de la Cosa, de 1500, es el primero en que figuran en gran laberinto, las tierras americanas: mayor claridad se observa en el citado de Waldseemüller, de 1507, y en

el de Ruychs, del año siguiente, que acompaña a una famosa edición de Tolomeo.

En el Globo de Schoner, de 1520, precisa algo más la forma del continente meridional, y en la carta de Basilea de 1522, se lee América Provincia, como también en el Mapa de Lenox de 1524, hasta que se fijó bien en el Globo de Behaim de 1592. Jacques de Vaulx trazó los contornos de América en 1584, y por fin, en el Mapamundi del armeniese Schoonebeck, de 1695, pueden encontrarse datos perfectos del Nuevo Mundo en general.

Hemos terminado en nuestra tarea, lejos de Santiago, en donde, de seguro, habríamos podido contar con mayores informaciones, pero válganos la intención de contribuir en alguna forma al tema a que hemos aludido al principio.

BIBLIOGRAFIA

Las siguientes obras nos han servido para este trabajo:

1. ANDERSON.—*America not discovered by Columbus*. Chicago, 1883.
2. BARROS ARANA.—*Historia General de Chile*. Tomo 1.º Santiago, 1884.
3. BEAUVAIS.—*La decouverte du Nouveau Monde par les Irlandais*. París, 1859.
4. BROWN.—*The iceland discovery of America*. Boston, 1888.
5. *Congreso de Americanistas*. Sesiones de Nancy, 1875; de Bruselas, 1879; de Madrid, 1881; de Copenhague, 1883; y de Berlín, 1888.
6. DE COSTA.—*Decouverte de l'Amérique avant Colomb*. Londres, 1869.
7. CAFFAREL.—*Etudes sur les rapports de l'Amérique et de l'Ancient Continent avant Cristophe Colomb*. París, 1869.
8. CAFFAREL.—*Les irlandais en Amérique avant Colomb*. París, 1890.
9. CAFFAREL.—*Histoire de la decouverte de l'Amérique*. París, 1892.
10. GRAVIER.—*Decouverte de l'Amérique par les Normands*. París, 1894.
11. HUMBOLDT.—*Cristóbal Colón y el Descubrimiento de América*. Madrid, 1892.
12. JOURDAIN.—*De l'influence d'Aristote et de ses interpretes, sur la decouverte du Nouveau Monde*. París, 1861.
13. LELEWEL.—*Géographie de Moyen Age*. Bruxelles, 1852.
14. MARÍN.—*La Geografía de la Edad Media en sus relaciones con el Descubrimiento de América*. Buenos Aires, 1901.
15. NADAILLAC.—*L'Amérique Préhistorique*. París, 1883.
16. NORTON HORDFORD.—*Discovery of America by Northmen*. New York, 1888.
17. NORTON HORDFORD.—*The Problem of the Northmen*. Cambridge, 1889.
18. PESCHEL.—*Geschichte des Zeitalters der Entdeckungen*. Stuttgart, 1858.
19. PI Y MARGALL.—*Historia de la América ante-colombiana*. Madrid, 1892.
20. POTTS CHEYNEY.—*European Background of America History*. New York, 1906.
21. RAFN.—*Antiquitates americanas*. Madrid, 1840.
22. REEVES.—*The Finding of Windland the Good*. London, 1896.
23. SNOBI STURLASSON.—*Heinscringle*. London, 1844.
24. VALLE.—*Precedentes del descubrimiento de América*. Madrid, 1892.
25. VÉLEZ.—*Descubrimiento pre-colombino de la América*. París, 1894.
26. VIVIEN DE SAINT MARTÍN.—*Historia de la Geografía*, Sevilla, 1892.